

Robert
Jones Jr.

LOS PROFETAS

Traducido del inglés (estadounidense y afroestadounidense)
por Julia Osuna Aguilar

Título original: *The Prophets*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Robert Jones Jr.

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or part in any form.

© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-225-5

Depósito legal: M. 4.945-2021

Printed in Spain

A mis abuelas Corrine y Ruby, a mis abuelos Alfred y George, a mis tíos abuelos Milton, Charles, Cephas y Herbert, a mi padre Robert, a mis primos Trebor, Tracey y Daishawn, a mis padrinos Delores Marie y Daniel Lee, a Madre Morrison y Padre Baldwin, y a todos mis mayores y todos los parientes que nos han dejado ya y están con los antepasados en estos momentos, que son ahora ya también antepasados y me guían y me protegen y me susurran para que yo también pueda divulgar el testimonio.

Jueces

Vosotros aún no sabéis quiénes somos nosotras.

Aún no comprendéis.

Nosotras, las de la oscuridad, las que hablan en las siete voces. Porque siete es el único número sagrado. Porque es quienes somos y siempre hemos sido.

Y esto es ley.

Lo sabréis cerca del final. Y querréis saber por qué no os lo contamos antes. ¿Os creéis los primeros que se han hecho esa pregunta?

No lo sois.

Hay, sin embargo, una respuesta, siempre hay una respuesta. Pero todavía debéis ganárosla. No sabéis quiénes sois vosotros, así que ¿cómo vais a lidiar con quiénes somos nosotras?

Más que andar perdidos, sois víctimas de la traición de unos necios que confundieron los olopeles con el poder. Cedieron todos los símbolos soberanos. La penitencia que conlleva perdurará en el tiempo. Vuestra sangre se habrá diluido mucho antes de que la razón por fin arraigue. O el propio mundo habrá quedado reducido a cenizas, y entonces recordar dejará de tener sentido. Pero sí, os trataron injustamente. Y trataréis injustamente. Una vez más, y otra, y otra más. Hasta

que despertéis por fin. Que es por lo que estamos aquí, hablando con vosotros en este momento.

Está por llegar una historia.

Está por llegar vuestra historia.

Es el fin último de vuestro ser. Estar aquí, ser allí. La primera vez que llegasteis no llevabais cadenas. Os recibieron con los brazos abiertos e intercambiasteis comida, arte y propósitos con pueblos que sabían que ni las personas ni las tierras han de tener dueño. Nuestra responsabilidad es contaros la verdad. Pero, como nunca os han contado ninguna, pensaréis que es mentira. Las mentiras son más cariñosas que la verdad y arrullan con los dos brazos. Liberaros de ellas será nuestro castigo.

Sí, a nosotras también se nos castigó, como a todos. Porque no hay inocentes. La inocencia, lo hemos descubierto, es la atrocidad más seria de todas: es lo que separa a los vivos de los muertos.

¿Eh?

¿Cómo decís?

Jaja.

Perdonad las risas.

¿Que creíais que vosotros erais los vivos y nosotras los muertos?

Jaja.

Proverbios

De rodillas, en la oscuridad, les hablo.

A veces cuesta entender lo que dicen. Con la de tiempo que hace que desaparecieron y todavía utilizan las antiguas palabras que a mí ya medio me han sacado a palos. Y no ayuda que hablen en susurros. O quizá en realidad gritan, pero están tan lejos que me llega como un susurro. Podría ser eso, quién sabe.

Sea como sea, el caso es que cavé en el sitio que me dijeron y enterré la piedra marina brillante tal y como me pidieron. Pero es posible que hiciera algo mal porque el amo Jacob te vendió igualmente, y eso que había dicho que yo era parte de la familia. ¿Eso es lo que les hacen los *toubabs* a sus familiares? ¿Arrancarlos de los brazos de la madre y cargarlos en una carreta como si acabaran de cosecharlos en el campo? Me tuvo suplicándole, delante de mi hombre, me tuvo suplicándole hasta tal punto que el único hombre al que he querido en mi vida ahora no es capaz de mirarme en condiciones. Y con esos ojos suyos hace que sienta que es culpa mía y no de ellos.

Les he preguntado por ti a ellas, a las viejas voces oscuras. Me dicen que eres bien orgulloso. Que vas ya camino de hacerse un hombre. Que tienes dentro mucho de tu gente, pero todavía no lo sabes. Y que eres listo, puede que más de lo que

te conviene. Me sorprendió que siguieras con vida. Yo les pregunto, les digo: «¿Podéis darle un mensaje de mi parte? Decidle que recuerdo hasta el último rizo de su cabeza y cada pliegue de su cuerpo, hasta las arrugas entre los dedos de los pies. Decidle que eso no lo remedia ni el látigo». No me responden, pero me han contado que estás más al sur, por Misisipi, donde a las cosas enteras las parten en dos. Por qué me dicen eso, no lo sé, la verdad. ¿Qué madre querría oír que a su hijo lo van a trinchar y a rebanar sin motivo alguno? Supongo que lo mismo da. Sea donde sea, nos lo van a hacer pagar a todos de una forma u otra.

Ephraim no ha dicho ni una palabra desde que se te llevaron. Ni una en todo este tiempo. ¿Te lo puedes creer? Veo que mueve los labios, pero que me parta un rayo si le sale sonido alguno de la garganta. A veces quiero decir tu nombre, el que nosotros te pusimos, y no ese feo que el amo te endilgó y que nosotros aceptamos como si tal cosa. Creo que decir tu nombre me podría traer de vuelta a tu padre, pero por cómo le cuelga la cabeza, como si tuviera una soga en el cuello que yo no veo, no me atrevo. ¿Y si decir tu nombre fuese lo que me lo quitara para siempre?

—¿Puedo verlo? —le pregunto a lo oscuro—. ¿Y Ephraim? Ni siquiera lo tocaríamos, es solo un vistazo rápido para saber que sigue siendo el nuestro, aunque tenga otro dueño.

Dicen que Ephraim lo único que tiene que hacer es asomarse a uno de esos cristales de mirar.

—¿Y qué pasa conmigo? —les pregunto, y me dicen que yo solo tengo que mirar a los ojos de Ephraim—. ¿Cómo lo hago, si se niega ya a mirarme?

Pero lo único que escucho es el viento que sopla entre los árboles y el cricrí de los bichillos en la hierba.

Tú eres como tu pueblo. Tú eres tu pueblo. Me agarro a eso y dejo que me rellene el hueco que tengo por dentro, arre-

molinándose, arremolinándose como luciérnagas en la noche; y luego quieto, muy quieto, como agua en pozo. Estoy llena, estoy vacía, estoy llena, después vacía. Estoy llena y estoy vacía: debe de ser así como se siente el morir.

No tiene sentido, ningún sentido chillarle a gente que no te va a escuchar. No tiene sentido llorar delante de gente que no es capaz de compadecerte. Gente que utiliza tu sufrimiento como vara de medir para ver cuánto van a construir encima. Yo aquí no soy nada. Y nunca lo seré.

¿Qué consiguió vendiéndote? ¿Conservar esta tierra podrida que quiebra las almas y purga las mentes? Pues te diré una cosa: de eso ya va a quedar poca cosa por aquí. No-no, señor. Ephraim y yo, por ejemplo, nos podemos largar de aquí. No tenemos que ir a ninguna parte, solo largarnos. Sería lo mismo que matar a un cochino: tan solo una hoja afilada que se clava rápido y hondo en el pescuezo y adiós muy buenas.

Y entonces ya podríamos ser voces que susurran en la oscuridad para contarle a otra gente cómo se las arreglan sus críos solos en tierra salvaje.

¡Ay, mi niño, pobrecito!

¿Tú me notas?

Yo soy Anna la de En Medio y ese de ahí es Ephraim. Somos tu mami y tu papi, Kayode. Y te echamos de menos, puedes creerme.

Salmos

Julio había intentado matarlos.

Primero probó a quemarlos. Luego a asfixiarlos. Y, al final, viendo que ni lo uno ni lo otro funcionaba, volvió tan denso el aire que parecía agua, a ver si así se ahogaban. Ni por esas. Si algún triunfo obtuvo fue volverlos pegajosos y viles... a veces los unos con los otros. En Misisipi el sol es capaz de abrirse paso incluso en la sombra, de manera que, por días, ni los árboles eran consuelo.

Y, la verdad, estar con gente parecía gratuito cuando apretaba así el calor, pero ansiar la compañía lo hacía más llevadero por momentos. A Samuel y a Isaiah siempre les había gustado juntarse con los demás... hasta que los demás cambiaron. Al principio creyeron que todos esos mohínes, esas miraditas, las narices arrugadas —cabeceos incluso— se explicaban por el mal olor que despedían de bregar en el establo; más de una vez solamente la peste de la bazofia del día los había impulsado a quitárselo todo y pasarse casi una hora bañándose en el río. Todos los días, antes justo de ponerse el sol, cuando los demás volvían descoyuntados del trabajo en el campo e intentaban encontrar en las barracas una paz que los rehuía, allí estaban Samuel e Isaiah, frotándose con hoji-

tas de menta, enebro, a veces con cocimiento de sazafrán, para librarse de las capas de peste.

Los baños, sin embargo, no cambiaron el comportamiento de los malacaras que desdeñaban a Tal para Cual. Así que aprendieron a ser reservados. No era que fuesen antipáticos con los demás, pero el establo se convirtió para ellos en una especie de zona de seguridad de la que no se apartaban mucho.

Había sonado el cuerno para hacerles saber que la jornada se acercaba a su fin. Un cuerno embustero, pues la jornada nunca terminaba, solo se tomaba un descanso. Samuel dejó un cubo con agua en el suelo y se quedó mirando el establo, que se levantaba justo delante. Retrocedió unos cuantos pasos para poder verlo mejor. Le hacía falta una buena capa de pintura, tanto en las partes rojas como en las blancas. «Bien —pensó—, mejor que se vuelva feo para que sea más verdadero.» No pensaba pintar nada, siempre y cuando los Halifax no lo obligaran.

Dio unos pasos hacia la derecha y miró los árboles que había en la distancia, por detrás del establo, abajo en la otra orilla del río. El sol había perdido ya fuelle y empezaba a hundirse entre los bosques. Se volvió a la izquierda y fijó la vista en el algodonal, donde se veían siluetas con sacos de algodón a la espalda y en la cabeza que luego iban a soltar en las carretas que esperaban algo más lejos. James, el capataz, y unos doce de sus subalternos estaban apostados a ambos lados del flujo constante de gente. El jefe llevaba la escopeta al hombro, mientras que sus hombres las empuñaban con ambas manos, apuntadas contra los que pasaban como si quisieran dispararles. Samuel se preguntó si podría con James en una pelea. Vale que era un *toubab* corpulento, y tenía la ventaja del arma, pero se dijo que, dejando todo eso a un lado, si pudieran tener una pelea limpia, puño con puño y co-

razón con corazón, como estaba mandado, podría llegar a partirlo, si no como a una rama, al menos sí como a un hombre casi al límite.

—¿Me vas ayudar o qué? —preguntó de pronto Isaiah sobresaltando a Samuel, que se giró en redondo.

—A mí no me des esos sustos —respondió, avergonzado de que lo hubiese pillado con la guardia bajada.

—Qué susto ni qué susto... Si he venido de frente. Como estás tan pendiente de lo que hacen los demás...

—Bah —contestó Samuel, que agitó la mano como el que espanta a un mosquito.

—¿Me ayudas a meter los caballos en las cuadras?

Samuel puso cara de hastío. Tampoco hacía falta ser siempre tan obediente como Isaiah. Aunque quizá no fuera tanto que fuese obediente, sino que ¿de verdad tenía que darles tanto de sí mismo y con tan buen ánimo? Samuel solo podía entender esa actitud que tenía el otro como miedo.

Isaiah le puso una mano en la espalda y luego le sonrió mientras seguía hacia el establo.

—Qué remedio —susurró Samuel, que lo siguió entonces.

Guardaron los caballos y los abrevaron antes de echarles una palada de heno y recoger los restos en una montañita junto a la esquina izquierda de la parte delantera del establo, al lado de las pacas más ordenadas. Isaiah se sonreía con la renuencia de Samuel, que estaba venga a gruñir, suspirar y cabecear, a pesar de que era consciente de que podía ser peligroso. En un lugar de llanto como aquel, las resistencias minúsculas eran una forma de sanación.

Para cuando terminaron, el cielo estaba negro y cuajado de estrellas. Isaiah volvió al exterior y dejó a Samuel con sus protestas. Él, en cambio, se enfrascaría así en su pedacito de rebelión: se apoyó en la cerca de madera que rodeaba el establo y se quedó mirando los cielos. Qué de nubes, pensó, y se

preguntó si no sería demasiada la abundancia; si el peso de soportarlas sería algún día demasiado y la noche, con el cansancio que arrastraba, no las soltaría en un aguacero de estrellas que dejaría solo oscuridad sobre todo lo demás.

Samuel le dio un toquecito en el hombro y lo despertó de su ensoñación.

—¿Ahora quién es el que está pendiente de los demás?

—Ah, ¿conque ahora el cielo son los demás? —Isaiah sonrió burlón—. Por lo menos, de momento, ya he terminado de trabajar.

—El buen esclavo, ¿eh? —Samuel le dio un puñetazo de broma en la barriga.

Isaiah rio entre dientes, se bajó de la cerca y echó a andar hacia el establo. Justo antes de llegar a la puerta, se agachó para coger unas piedrecitas y se las tiró a Samuel, una ráfaga rápida, una detrás de otra.

—¡Ja! —Rio con fuerza y entró corriendo en el establo.

—¡No me has dado! —le gritó Samuel, que lo siguió al interior, también corriendo.

Se pusieron a corretear por el establo, con Isaiah agachándose, esquivando y riendo cada vez que Samuel alargaba la mano para cogerlo, pero le ganaba en rapidez. Cuando por fin Samuel pegó un salto y le cayó sobre la espalda, ambos fueron a dar de bruces en el heno recién amontonado. Isaiah se retorció para zafarse, pero se le iba la fuerza con la risa y no veía escapatoria. Y Samuel, mientras, «ajá, ajá», sonriendo contra la nuca de Isaiah. Los caballos resoplaban con fuerza y el sonido les reverberaba entre los labios. Un cerdo gruñó. Las vacas no dijeron ni mu, pero los cencerros repicaron con sus movimientos.

Unos pocos forcejeos más e Isaiah se rindió y Samuel aflojó. Se tendieron bocarriba y, por el hueco del techo, se quedaron mirando la luna, que les disparó con sus rayos pálidos.

Ambos jadeaban con fuerza, su pecho en un raudal sube y baja. Isaiah levantó una mano hacia el hueco para ver si podía tapan la luz con la palma. Entre los dedos, se le colaba un débil resplandor.

—O arreglas tú el tejado o lo arreglo yo —dijo.

—Para ya con el trabajo. Vive un poco —replicó Samuel con algo más de brusquedad de lo que pretendía.

Isaiah se lo quedó mirando, estudiándole el perfil: los labios gruesos que le sobresalían de la cara, algo menos que la nariz ancha. El pelo se le enroscaba y se le arremolinaba de cualquier manera. Bajó la vista hacia aquel pecho sudoroso —la luz de la luna le pulía la piel oscura— y se dejó mecer por su ritmo.

Samuel se giró entonces para mirarlo a su vez, le devolvió una versión propia de unos ojos amables. Isaiah sonrió: le gustaba cómo respiraba el otro con la boca abierta, el labio inferior levemente torcido y la lengua colocada junto al carrillo, como quien trama una trastada. Le tocó el brazo y le preguntó:

—¿Estás cansado?

—Debería, pero qué va —respondió Samuel.

Isaiah se arrimó hasta que se tocaron el cuerpo y, en el acto, el punto donde se encontraron los hombros se humedeció. Se frotaron los pies mutuamente. Sin saber por qué, Samuel empezó a temblar, y eso le enfureció porque lo hacía sentirse vulnerable. Isaiah no vio la rabia, vio señales que le decían «ven». Se incorporó para ponerse encima de Samuel, quien se removió un poco antes de relajarse por fin, y luego le pasó la lengua, suave, lentamente, por el pezón, que cobró vida en su boca. Ambos gimieron.

El primer beso había sido distinto... ¿cuántas estaciones hacía ya de eso, dieciséis o más? Eran más fáciles de contar que las lunas, que a veces no salían porque podían ser muy

temperamentales. Isaiah recordaba que había coincidido con la vez que había visto las manzanas más maduras y rojas que nunca, como no habían vuelto a estarlo, un día que se tropezaron y la vergüenza les impidió mirarse a los ojos. En esos momentos, en cambio, Isaiah se acercó y dejó la boca sobrevolando los labios del otro, que solo se encogió un poco en el sitio. La incertidumbre de Samuel había hallado parapeto en la repetición, y la lucha interna que en otros tiempos le había hecho querer estrangular tanto a Isaiah como a sí mismo estaba remitiendo. Ya solo quedaban pequeños rescoldos, batallas insignificantes por el rabillo del ojo, una pizca en la garganta quizá. Pero la vencían otras cosas.

Ni tan siquiera se dieron ocasión de desvestirse del todo. Isaiah se quedó con los pantalones por las rodillas; a Samuel le colgaban de un tobillo. Impacientes, se abalanzaron el uno sobre el otro para fundirse en un montón de heno y, con la luna en una luz tenue en las nalgas de Isaiah y en las plantas de los pies de Samuel, empezaron a mecerse.

Para cuando uno se desgajó del otro, ya habían rodado por el montón del heno y se habían adentrado aún más en la oscuridad, y se encontraron entonces tendidos de cualquier manera en el suelo. Estaban tan agotados que ninguno quería moverse, aunque los dos se morían por darse un buen baño a fondo en el río. Sin mediar palabra, decidieron quedarse donde estaban, al menos hasta que recuperaran las riendas de la respiración y remitieran los espasmos.

Desde la penumbra les llegaban los ruidos de los animales, así como los sonidos amortiguados de los de las barracas cercanas, cantando o quizá llorando, opciones ambas factibles. Llegaban con más claridad, sin embargo, las risas provenientes de la Casa Grande.

Aunque había al menos dos paredes y una distancia considerable entre las risas y él, Samuel miró hacia la casa e inten-

tó concentrarse en las voces que surgían del interior. Le pareció reconocer algunas.

—Nunca cambia nada: caras nuevas, pero la misma lengua —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Isaiah, que dejó de mirar el techo y se volvió para verlo de frente.

—Esos.

Isaiah respiró hondo, soltó el aliento lentamente y asintió antes de decir:

—¿Y qué le hacemos? ¿Partimos caras? ¿Cortamos lenguas?

Samuel rio.

—Las caras llevan tiempo partidas. La lengua ya la tienen cortada. Ya has visto serpientes otras veces. Cuanto más lejos, mejor. Déjalos que repten a su aire por aquí.

—Entonces ¿esa es la única opción, huir?

—Si la cara no hace caso, no sabe siquiera que no hace caso. Si la lengua no se rinde... Sí.

Samuel suspiró. Quizá a Isaiah le asustara la oscuridad, pero a él no. Era donde hallaba refugio, donde se fundía, y donde estaba convencido de que se encontraba la llave de la libertad. Aun así, se preguntaba qué era de aquellos que corrían y se adentraban en la inmensidad de una naturaleza que no era la suya. Algunos se volvían árboles, se figuró. Otros, el cieno del lecho de los ríos. Algunos no le ganaban la carrera al puma. Los había que morían sin más. Se quedó un momento en silencio, escuchando la respiración de Isaiah. Luego se incorporó en el sitio.

—¿Te vienes?

—¿Adónde?

—Al río.

Isaiah se volvió sobre el costado, pero no respondió. Digerió la vista hacia la voz del otro e intentó diferenciar la silue-

ta de la oscuridad reinante. Era todo un amasijo infinito hasta que Samuel se movió y recortó lo vivo sobre lo muerto. Pero ¿qué era ese sonido?

Llegaba un rasgueo de alguna parte.

—¿Lo oyes? —preguntó Isaiah.

—¿Oír qué?

Isaiah se quedó quieto. El rasgueo había parado. Volvió a apoyar la cabeza. Samuel se movió de nuevo, como disponiéndose a levantarse.

—Espera —le susurró Isaiah.

Samuel chasqueó la lengua, contrariado, pero volvió a la posición de antes, tumbado al lado de Isaiah. Justo cuando se había acomodado, volvió el rasgueo. Él no lo escuchó, pero Isaiah miró hacia las cuerdas, de donde parecía provenir. Algo cobró forma entonces. Al principio era un punto diminuto, apenas una estrella, y luego se extendió hasta convertirse en la noche en que lo trajeron a la plantación.

Unos veinte, puede que más, hacinados en una carreta tirada por caballos. Todos encadenados entre sí por tobillos y muñecas, lo que dificultaba y unificaba los movimientos. Algunos llevaban un casco de hierro que les cubría toda la cabeza y que convertía en eco su voz y en estertores su respiración; aquellos artilugios descomunales les quedaban apoyados en las clavículas y les hacían tajos que sangraban hasta el ombligo y los dejaban medio mareados. Iban todos desnudos.

Atravesaron caminos de tierra llenos de baches durante lo que a Isaiah le pareció una eternidad, con el sol quemándoles la piel por el día y los mosquitos despellejándosela por la noche. Aun así, daban las gracias por los aguaceros torrenciales, cuando los que no tenían cascos podían beber a su antojo y no al de los hombres armados.

Cuando por fin llegaron a El Vacío —que era como llamaban a la plantación de los Halifax en los susurros de los rin-

cones apartados, y no les faltaban los motivos—, no consiguió distinguir nada salvo una tenue luz proveniente de la Casa Grande. Y entonces fueron bajándolos uno a uno de la carreta, a tirones, y todos se fueron tropezando porque no se sentían las piernas. A algunos el peso del casco les impedía levantarse, otros estaban lastrados por el cadáver al que iban encadenados. Isaiah, que por entonces no era más que un crío, ni siquiera pensó en fijarse en el hombre que lo levantó en brazos y lo bajó de la carreta a pesar de que a él mismo también estuvieron a punto de fallarle las piernas.

—Te tengo, pequeño —dijo el hombre, la voz trabajosa y seca—. Se lo prometí a tu *maa*. Y tengo que decirte tu nombre.

Luego todo se fundió en negro.

Cuando recobró el sentido, era de día y seguían todos encadenados, vivos y muertos por igual. Estaban tirados en el suelo, al lado del algodonal. Tenía hambre y sed y fue el primero en incorporarse en el sitio. Fue entonces cuando los vio: un grupo de personas con cubos en la mano avanzando por el camino, directos hacia ellos. Los había iguales de jóvenes que él y venían con agua y comida (bueno, al menos lo más parecido a comida que podría conseguir: trozos de cerdo muy condimentados para disimular el sabor acre y aliviar las arcadas).

Un niño con un cucharón llegó a su altura y se lo acercó a la cara. Isaiah separó los labios y cerró los ojos. Y sorbió mientras el agua dulce y cálida le goteaba por las comisuras de los labios. Cuando hubo acabado, levantó la vista para mirar al niño; el sol le hizo guiñar los ojos, de modo que al principio solo pudo verle el perfil. El crío se movió un poco para tapar el sol y luego miró a Isaiah con unos ojos grandes y escépticos y una barbilla muy orgullosa para cualquiera en sus circunstancias.

—¿Quieres más? —le preguntó el chico, que se llamaba Samuel.

Isaiah había saciado ya la sed, pero asintió igualmente.

Cuando la oscuridad volvió a su ser, Isaiah se palpó el cuerpo para asegurarse de que ya no era un crío. Era él mismo, seguro, pero lo que acababa de sobrevenirle, desde un puntito minúsculo en la oscuridad, demostraba que el tiempo podía desaparecer siempre y donde quisiera, y él aún no había averiguado la manera de recuperarlo.

No podía saberlo a ciencia cierta, pero la evocación que se le había aparecido le recordó que Samuel y él eran más o menos de la misma edad, tendrían ahora dieciséis o diecisiete años, si había contado bien las estaciones de cuatro en cuatro. Casi veinte años ya, y la de cosas que seguían sin decirse. Confinarlas al silencio era la única forma posible sin quebrar en dos un espíritu. Trabajar, comer, dormir, jugar. Follar a conciencia. Por una cuestión de supervivencia, todo lo que se aprendía debía transmitirse rodeando la cosa en lugar de destapándola. Al fin y al cabo, ¿quién podía ser tan necio como para mostrarles heridas a tipos que estarían encantados de meter dentro los dedos chupeteados?

El silencio era recíproco, y no era tanto por acuerdo tácito como por herencia; daba seguridad, pero contenía la capacidad de causar gran destrucción. Allí, mientras yacía en la oscuridad, Isaiah, demasiado expuesto ante la cercanía de un sueño en vida, el silencio le habló.

—¿Alguna vez te has preguntado... dónde está tu *mama*? —lo oyó decir Isaiah.

Pero entonces cayó en la cuenta de que era su propia voz, por mucho que no recordara haber hablado. Era como si otra voz, que por lo demás sonaba como la suya, se le hubiera escapado de la garganta. Suya sin ser suya. ¿Cómo? Se tomó un momento, y luego se deslizó en el sitio para acercarse a

Samuel. Le fue tanteando el cuerpo hasta que le dejó la mano encima del vientre.

—No quería... lo que quiero decir... no digo que...

—¿Lo escupes y luego intentas cogerlo nada más salir por la boca?

Isaiah se quedó confundido.

—No quería decir eso, me ha salido solo.

—Ya —dijo Samuel enfurruñado.

—Es que... ¿No te pasa a veces que oyes una voz y crees que no es tuya, pero lo es? ¿O lo parece? ¿Alguna vez has visto tu vida desde fuera? No sé, no sé cómo explicarlo.

Pensó que tal vez eso fuera la necedad que había visto apoderarse de otras personas, porque la plantación era capaz de eso mismo: conseguir que la mente se retirara para proteger al cuerpo de lo que le obligaban a hacer, por mucho que la boca se quedara balbuceando. Le masajeó el vientre a Samuel para recuperar la calma. El movimiento los acunó a ambos. Isaiah empezó a parpadear cada vez más lento. Estaba casi dormido cuando le despertó su propia boca.

—¿Puede que un trozo tuyo, por dentro o algo, puede que en la sangre, en las entrañas, se aferre a la cara de ella? —dijo Isaiah, sorprendido por sus propias palabras, que salían disparadas como si una represa las hubiera tenido reprimidas—. No sé, cuando te miras en el río, ¿no será su cara lo que ves?

Se produjo un silencio y luego Samuel tomó aliento de pronto, rápido.

—Podría ser. Eso nunca vamos a poder saberlo —contestó por fin.

—Pero a lo mejor sí sentirlo —soltó Isaiah.

—¿Eh?

—He dicho que a lo mejor sí podría...

—No, tú no. Da igual, déjalo —dijo Samuel—. Vámonos al río.

Isaiah hizo un amago de levantarse, pero el cuerpo prefirió seguir allí tendido y acompañado.

—Yo los conocí a los dos, a mi mami y a mi papi, pero solo me acuerdo de su cara llorando. Alguien me separó de ellos y se me quedaron mirando como si el cielo estuviera abriéndose por encima de su cabeza. Alargué la mano, pero se alejaban cada vez más, hasta que solo oí gritos y luego nada. Yo con la mano todavía alargada y nada que agarrar.

Desconcertados ambos, Isaiah por el recuerdo y Samuel por escucharlo, ninguno de los dos se movió del sitio y se quedaron unos instantes callados.

—¿Entonces conociste a tu papi?

—Aquí me trajo un hombre —contestó Isaiah, como si oyera su historia relatada por su voz—. No mi papi, sino alguien que aseguraba que sabía mi nombre. Aunque nunca me lo dijo...

Justo entonces Isaiah vio la mano que estaba alargando hacia la oscuridad del establo, pequeña, desesperada, igualita que aquel día. Pensó que quizá estuviera alargando la mano no hacia su mami y su papi, sino también hacia todas esas personas desvaídas que estaban tras ellos, cuyos nombres también se habían perdido en el olvido y cuya sangre nutría la tierra y la embrujaba. Cuyos gritos sonaban ahora como susurros... susurros que serían el último sonido que hiciera el universo. Samuel le cogió entonces la mano y se la llevó de nuevo al vientre.

—Algo aquí —dijo Samuel.

—¿Cómo?

—Nada.

Isaiah empezó a masajearle de nuevo, y eso le envalentonó la voz:

—Lo último que me dijeron fue «coyote». Todavía no he averiguado a qué venía eso.

—¿No sería «cuídate»?

—¿Por qué lo dices?

Samuel abrió la boca, pero Isaiah no lo vio y dejó de acariciarlo y, en cambio, le apoyó la cabeza en el pecho.

—No quería hablar de estas cosas —dijo Isaiah, la voz ahora ronca, con las mejillas húmedas al acurrucar más la cabeza en Samuel.

—Ya —contestó este sacudiendo la cabeza antes de mirar alrededor, abrazar a Isaiah con más fuerza y cerrar ya los ojos.

El río podía esperar.